

Sombras de Darwin

El mar es sabio, el mar escucha, el mar es viejo y calla. Pero hoy el mar escupe. Escupe la nave de madera, de alas blancas que no laten.

Baja un hombre de hierro, de voz fuerte que la tierra no reconoce y de lengua que traza palabras que rugen con fuerza y caen como piedra en el agua, no entiendo su idioma, pero entre el murmullo incomprensible, se alza una palabra, una palabra que me condena.

Salvaje...

¿Salvaje yo?

Salvaje el que me nombra, el que viene a nombrar lo que no entiende, el que entiende la tierra con números y no con los pies desnudos.

Me mides, me pesas, me observas y me nombras como si no tuviese nombre. Anotas mis gestos, mi piel, mi lengua. Te extraña mi vida, pero extraño es el de ropas falsas, el de la falsa verdad que promueve con certeza, porque tengo la certeza de que cuando te vayas, cuando tu barco vuelva al mar y tu pluma escriba el último verso de mi historia, seguirás creyendo que me entendiste.

No entendiste nada.

No supiste escuchar el canto del río, ni la voz del fuego, ni las historias que susurra el viento, la memoria que guarda la piedra y el eco de los ancestros en la voz de los niños. No entendiste, porque para ti, destruir y silenciar es civilizar. ¿No lo ves? Salvaje eres tú, que devastas en nombre del progreso.

Mikaela Antonia Strauch Garay